

# Semana Cómica



# D. PEDRO D' ALCANTARA

(SUCEDIDO LITERARIO)

A mi buen amigo CARLOS RUSTE

## I.

Años há que asistiendo á una reunión literaria, á uno de aquellos espléndidos torneos de la inteligencia que se celebraban en el antiguo Ateneo de Madrid, hallé en la escalera á un caballero de elegante pero muy sencillo porte, con quien cambié un ceremonioso saludo, cediéndole la derecha en los tramos de la escalera, y colocándome luego á su espalda, mientras él subía lentamente.

No sé por qué, aquel venerable desconocido me inspiró respeto singular: desde el primer momento creí ver en él un sér privilegiado, un hombre extraordinario, una lumbrera de la sociedad.

Juntos llegamos á la portería del Ateneo; empujé la mampara, y abrí paso al casi anciano, quien correspondió á mi demostración cortesana, con una dulce y benévola sonrisa.

—Creo que hemos venido muy temprano—dijele, observando que el saloncito de descanso estaba completamente desierto y con los mecheros de los aparatos de gas á media luz.

—Así me parece, en efecto;—contestó el desconocido,—debemos haber llegado muy temprano, ó quizás demasiado tarde.

—Muy tarde, no,—repliqué consultando el reloj del saloncillo (yo no usaba entonces tales alhajas). —Son las siete y media y la reunión dará comienzo á las ocho.

—Y es cierto que esta noche tomará parte en la sesión el Sr. D. Emilio Castelar?—me preguntó el caballero, en cuya pronunciación noté esa suavidad *lusitana* que tanto embellece y dulcifica el idioma de Cervantes.

—Así lo entiendo; esta tarde conversé con don Emilio en la librería de Alfonso Durán, y allí me aseguró que hablaría en este recinto.

—Según eso, ¿V. trata personalmente al eminente tribuno?

—¡Me honro, señor, con un timbre que por ningún otro cambiaría!

—¿Es V. su pariente?

—Sí, y no, señor,—le contesté vacilando. Es mi maestro, y el discípulo es siempre pariente del que le enseña.

—¡Oh! ¡el parentesco del alma, de la inteligencia!—dijo el caballero.—Voy sospechando, jóven, que V. es escritor,

—Tengo aficiones nada más, pero vivo de esas aficiones.

—¿Periodista, acaso? preguntó el desconocido, sentándose en un diván del saloncillo y ofreciéndome asiento á su lado.

—Periodista y... lo demás, caballero; al escritor *madrialeño* le sucede lo que al médico español: no tiene especialidad determinada. Desde el diario al prosenario, recorre todas las zonas, todos los ámbitos, si así puede decirse, del mundo literario. Digo todo esto, porque supongo á V. extranjero.

—Lo soy, efectivamente, pero amo la Literatura española, que es para mí la más rica y admirable de las Literaturas.

—¡Gracias, señor, en nombre de mi patria!

—No, no trato de lisongearla. ¿Y sería indiscreto preguntar á V. su nombre?

—Es un placer para mí, ofrecer á V. su humilde amistad.

Entregué una tarjeta al desconocido, quien, después de leerla, me recordó el reciente estreno de una de mis comedias.

Sacó una elegante cartera de cuero de Rusia y me dió su tarjeta, en la que leí este nombre:

PEDRO D' ALCÁNTARA.

*Hotel de los Príncipes.*

## II.

Bueno será advertir que aquel mismo día había yo llegado á Madrid, procedente de Valencia. Esta observación, que ahora parece inmotivada é imperitante, tiene un objeto que el lector no tardará en descubrir.

Continuamos hablando, el caballero y yo, de los encantos que al hombre estudioso le ofrece la literatura española de aquel siglo de oro en que nacieron tantos ingenios, y que legó á la posteridad tan acabadas maravillas.

D. Pedro d' Alcántara se mostró entusiasta, apasionado, de Cervantes y Quevedo, de Calderón y Fray Lope: enumeró sus creaciones, analizó sus deslumbradoras bellezas, señaló sus caracteres predominantes; expuso, en calmoso pero profundo lenguaje, que Calderón y Shakespeare eran dos titanes que la Historia no debía someter á comparaciones. Shakespeare era más grande que Calderón, y Calderón tan grande como el inmortal dramaturgo inglés. Quevedo y Boccacio, Garcilaso y Ariosto, Petrarca y Fray Luis de León, como Murillo y Rafael, eran poderosas entidades hermanas, y constituían para D. Pedro d' Alcántara una gloriosa familia, cuya grandeza en el Arte ninguna otra época eclipsaría.

Al evocar á Cervantes, sobre todo, D. Pedro parecía inspirado, trasportado á regiones ideales. ¡Con qué fuego admiraba el genio del padre de la novela! ¡Con qué cariño recordaba los pasajes del *Quijote*, las agudezas y socarronerías de Sancho y sus peripecias en la insula Barataria!

Hubiérase prolongado durante muchas horas nuestra conversación, á no haber comparecido el portero, quien, mirándonos con extrañeza:

—Señores,—dijo, entre humilde y contrariado,—esta noche no hay conferencia.

—¿Cómo es eso?—pregunté, levantándome del diván.—Está anunciada para hoy á las ocho de la noche.

—¡Ya, ya lo sé! pero no hay lo que se anuncia, por indisposición del Sr. Castelar.

—En tal caso,—dijo D. Pedro, incorporándose y recogiendo tranquilamente su sombrero,—volvemos cuando haya de tener lugar la conferencia suspendida.

El portero pasó á las habitaciones interiores, apagando los mecheros, y silbando como si estuviese en el zaguán de una posada, ó en un tendido de la Plaza de toros.

Don Pedro y yo bajamos juntos á la calle de la Montera; juntos seguimos hasta la cercana puerta del Sol y allí nos separamos; él, ofreciéndome galantemente *sua inutilidad*; yo, encantado de la

admiración de aquel ilustrado extranjero, por las inmortales grandezas de mi patria querida.

¡Consuela tanto, halaga tanto la alabanza en labios extranjeros, de la tierra que ha sido nuestra cuna!

¡Sobre todo, de esta España, á la que tantos ven, á la que tantos desdennan, porque la conocen... de oidas!

Don Pedro me había entusiasmado; formé propósito de visitarle al día siguiente, para cuyo objeto remiré la tarjeta y vi que tenía su domicilio en el *Hotel de los Príncipes*, á cuya puerta nos habíamos separado.

Dicho y hecho; por la mañana saqué de mi maleta un traje más propio de visita que el que había traído puesto desde Valencia, y así, medio 'endomingado, me trasladé al magnífico *hotel*.

—Probablemente, don Pedro habrá acabado de almorzar; tomaremos café juntos; hablaremos de Literatura y... ¡vamos! me gusta tanto el entusiasmo de ese extranjero, que resuelvo hacer porque sea mi mejor amigo. ¡Adelante!

III.

Llegué al descansillo, y detuve á un mozo que, cargado de platos y botellas, cruzaba por allí como una exhalación.

—¡Eh! muchacho... camarero, digo, *garçón*.

—¡Señorito! ¿qué se ofrece?

—Quiero saber cuál es la habitación de un caballero portugués que se llama D.<sup>a</sup> Alcántara.

—¡El mayordomo dará razón! —me contestó el mozo; y escapó como un rayo por el corredor del primer piso.

—¡Busquemos al mayordomo! Eh, *maitre d' hotel*... aquí... (palmoteando con toda la fuerza de mis manos).

—Aquí estoy, ¿qué deseaba V.?

—Visitar á este caballero, —y le puse delante de los ojos la tarjeta de mi interlocutor en la portería del Ateneo.

—Sígame V., —dijo con cierta galantería el mayordomo.

Le seguí; y cuando estuvimos delante de la puerta del salón, mi guía se detuvo, y me dijo en voz muy baja:

—Pase V.; pero no le dé el tratamiento, porque ha venido de incógnito á Madrid.

—¿Qué tratamiento ni qué diablos? —exclamé.

—¡Vaya! Pues el que le corresponde, —objeció el mayordomo.

—¿Le corresponde *Usia*?

—No, señor, que pica un poco más alto.

—¿Le responderá *Vucencia*? Será algún diplomático ¿eh?

—No, señor: le corresponde *Majestad*.

—¡Caracoles! ¿Pues quién es este Don Pedro *Majestad*?

—¿Quién ha de ser?... un Emperador: ¡el Emperador del Brasil!

Dejé al mayordomo con la palabra en la boca; tomé escaleras abajo y fuíme á beber café con la *gente de mi pelo*, con los emborronadores de cuartillas, á quienes relaté la aventura que acababa de ocurrirme.

Aquella turba de *copleros* se rió de mi ignorancia; para ellos y para todo el mundo, PEDRO D' ALCÁNTARA era el pseudónimo del monarca más ilustrado, más modesto y más estudioso de la época; de don Pedro II, Emperador del Brasil. Para mí, que acababa de llegar de Valencia... D. PEDRO D' ALCÁNTARA era un caballero particular, como cada hijo de vecino.

IV.

¡Señor! si hasta vuestras manos llega este recuerdo de aquella noche de *coloquios porteriles*, perdonad la indiscreción del que os admira más como hombre que como Emperador; del que os respeta más por sabio que por monarca.

En la República de las Letras, V. M. es altísimo dignatario; yo soy un pobre pechero. Pero no necesitabais ser Emperador para brillar en vuestra sublimidad y adorable República; porque siempre ostentabais en ella la inmarcescible corona del saber.

ELOY PERILLÁN BUXÓ.

## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA BLANCA DE OSMÁ.

Blanca, á cuyos pies me postro, y el grato nombre que llevas con la bella alma compruebas y con la tez de tu rostro:

no á tí, como merecías, consagro en este volúmen las primicias de mi númen, sino ¡ay! las prostrimerias.

Por desdicha, si algún estro me quedaba, la Academia que con sus actas me apremia, le tiene en rudo secuestro.

Ni ¿de qué ideas éximias es ya capaz quien se afana unas tras de otra semana compulsando sinonimias?

¿Qué ha de escribir, sino ripios, quien, ó define proverbios ó abrumado está de adverbios, gerundios y participios?

Mas si la pública voz no menos, niña hechicera, tu donosura pondera que tu talento precoz,

¿no es ley de fina amistad, aunque el Parnaso me tilde, agregar mi voto humilde á tantos de calidad?

Si; y pues mirándolo bien, basta la sencilla prosa para decir á una hermosa: «¡bendita seas, amen!».

no por ser mi don de cobre entre tanta rica ofrenda, temo que al ídolo ofenda el contingente de un pobre.

Este curioso problema: «¿Cuál es mayor perfección, hermosura ó discreción?», sirvió á Calderón de tema

para un excelente drama, que labró, con otros ciento, el sólido fundamento de su merecida fama.

Con tan peregrino ingenio emularía yo en vano, aunque ya soy veterano en el español prosenario.

Pero si musa más franca hoy á sostener me brinda que ser discreta y ser linda es *miel sobre hojuelas*, Blanca.

Ningún siniestro murmullo se alzaré contra mi pluma, porque esta es verdad, en suma, de aquellas de Perogrullo;

y diga cualquier doncel de los que por tí se alaman, si á la par en tí no campan *las hojuelas y la miel*.

M. BRETON DE LOS HERREROS.



Tienen nuestras mujeres  
vena de loco,

unas veces por mucho

y otras por poco.



—Pues es el caso que al volver á mi habitación  
he oído ruido en ella, y vengo á que Vd. me  
preste su ayuda...

II. . . . . II

## EL SASTRE Y EL AVARO

(FÁBULA.)

Hay gente que dice *cólega*  
y *epígrama* y *estaláctica*,  
*púpitre*, *méndigo*, *sútiles*,  
*hóstiles*, *córola* y *áuriga*.

Se oye á muchísimos *périto*  
y alguno pronuncia *mámpara*,  
*díploma*, *erúdito*, *pérfume*,  
*Pérsiles*, *Tíbulo*, *Sávedra*.

Los que introducen esdrújulos,  
contra el origen y práctica,  
imitación de su método,  
lean la presente fábula.

Sabrán, si me escuchan *ustedes*,  
que hubo un tal Pedrillo *Zápata*,  
sastre titular del *Cóncejo*  
de no sé qué villa *mánchega*.

Era comilón *Periquito*  
y algo amigo de la *gándaya*;  
sin embargo, bien á *ménudo*  
listo su labor *despáchaba*.

Vivía en su pueblo un *ricote*,  
cicatero sobre *mánera*,  
que le encargó que le *cósiera*  
calzones, chaleco y *cháqueta*.

Costumbre de pueblo *péqueño*

es muy general y *sábida*,  
que al sastre le dé la *cómida*  
el mismo para quien *trabaja*.

Cose á vista del *parróquiano*,  
engulle según se *trátara*  
buen almuerzo y rico *púchero*,  
cena y se acabó su *fátiga*.

A casa de Don *Ceférino*  
se fué mi sastre de *mañana*,  
sirviéronle su *desayuno*  
y seda previno y *águjas*.

—¡Ea! dijo, hasta que *Isidoro*,  
tocando la gorda *cámpana*,  
la hora de comer nos *señale*  
coso sin alzar la *cabeza*.

Echóse á pensar el *ávaro*  
si en fuerza de aquellas *pálabras*,  
del sastre salirle *púdiera*  
la manutención más *bárata*.

—¿Quieres, le propuso á *Périco*,  
la olla comerte *preparada*  
y hasta la cena *seguidito*  
proseguir luego la *tárea*?

Respondió el sastre:—Me *acó-*

[*moda*]

y aun si la cena me *sácaran*,  
me la engullera; mi *apétito*  
no corre con hora *márcada*.

—Corriente,—contestó el *ri-*  
[*cacho*,—

vas á comer de una *zámpada*  
para el día de hoy por *completo*  
y cosas luego sin *párada*.

La mitad sobra, de *seguro*,  
dijo el ruín para su *cámisca*;  
ni un avestruz que se *púsiera*  
tanto en el buche se *encájara*.

—Vamos,—gritó—pronto, *prón-*  
[*tito*;

corta la sopa y la *ensálada*  
y á Pedro sirvele *enséguida*  
la olla y de cenar, *Baltásara*.

Dánselo y trágalo *tórito*  
y dice después de la *cena*:  
—Yo en cenando no doy *púntada*.  
Buenas noches; vóyme á la *cama*.

La salida del *sastrécito*  
fué una solemne *tunántada*,  
mas de burlas á *misérables*  
ni un místico se *escandaliza*.

JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

## LETRILLA

I.

Dicen de la de Pantusa,  
aristócrata española,  
que sería por sí sola  
capaz de llenar la *Inclusa*.

Y aun en su casa hijos besa  
que ciertamente ha *parido*,  
no siendo el padre marido  
de tan fecunda *marquesa*.

De acusarla nadie cuida  
por esto de *livandad*,  
y en la buena sociedad  
es respetada y *querida*.

Mas una vez, sin *etcetras*,  
la hija de un *quidam* resbala  
y el mundo, que lo propala,  
le dice las cuatro *letras*.

No alabo de esta los *yerros*,  
pero si repito yo:  
*por un perro que mató*,  
la llamaron *Mata-perros*.

II.

Si no mienten mis informes,  
á fuerza de infamias muchas,  
el avaro don Juan Truchas  
hizo caudales enormes.

Al que de hambre se moría  
nunca le dió ni un *ochavo*;

de su vil riqueza esclavo,  
otro Dios no conocía.

La gente, airada con él,  
le puso varios apodos,  
y él se reía de todos,  
sabiéndole todo á *miel*.

Mas ya es otro el panorama;  
un día regaló á un pobre  
cuatro monedas de cobre,  
y su esplendidez se *aclama*.

Liras oye, no cencerros,  
desde aquel día en su *pró*:  
*por un perro que mató*  
le llamaron *Mata-perros*.

III.

Conozco yo un buen patricio,  
género que hoy escasea,  
cuya vida por su idea  
fué un perpétuo sacrificio.

Al contrario de otros nenes  
y no de premios goloso,  
renuncia de su reposo  
también hizo, y de sus bienes.

Honrado, oscuro y modesto,  
siempre en varias conyunturas,  
las duras, no las maduras,  
le encontraron en su puesto.

Hubo en Madrid una gresca  
y él quedóse como estaba;

Por un perro que mató,  
le llamaron *Mata-perros*.

el que entonces se estrenaba  
de patriota, turrón pesca.

Y aunque sofocos ni encie-  
[*rras*

en la vida padeció,  
*por un perro que mató*  
le llamaron *Mata-perros*.

IV.

El autor Pedro Canario  
es un autor de los que  
entrar suelen con buen pié  
en el mundo literario.

Las primicias de su ingenio  
tuvieron gran ovación:  
era un Lope, un Calderón,  
era un Inarco Celenio.

Con este salvo-conducto,  
obras juzgan admirables  
sus abortos miserables  
y aun de su musa el eructo.

Por alguno de igual pasta  
bien dijo el hombre que dijo:  
—«Fortuna te dé Dios, hijo,  
que el saber poco, te basta».

No espere Canario puerros  
en vez de laureles, no:  
*por un perro que mató*,  
le llamaron *Mata-perros*.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## UN ESBOZO DE DE MI SER

(A MI MUY QUERIDO AMIGO DEL ALMA ENRIQUE PEREZ ESCRICH.)

En esto de los retratos  
hay mucho que distinguir:  
con un poco de mentir,  
parecen liebres los gatos.

El tuyo colgado vi  
en la casa de Manini:  
(este consonante en *ini*  
me pone fuera de mí).

Lo que toca al parecido  
del físico, no está mal,  
y aun en la parte moral,  
mal del todo no ha salido.

Me has dado la comeción  
de publicar lo que soy,  
y a hacer mi retrato voy:  
escucha con atención.

De cumplir mi intento trato,  
y allá en su fotografía,  
me dá la conciencia mía  
un muy extraño retrato.

Yo en el mundo aparecí,  
como todos, sin querer,  
y desde llegué á nacer  
nunca mi gusto cumplí.

Por una fatalidad,  
de mi vida en el camino,  
como un perenne destino,  
hallé la contrariedad.

Y esto ha sido bendición,  
porque de tanto sufrir,  
perfecta llegué á adquirir  
la santa resignación.

Aunque fácilmente lloro,  
por nada me desespero;  
nada tengo, en todo espero;  
me sé la vida de coro.

Lo que yo no tenga en mí  
ninguno me lo ha de dar;  
mas si me pueden quitar,  
hasta el pellejo, eso sí.

¡Los años! Me importan poco  
los que por mí ya han pasado:  
ellos á mí me han gastado  
y yo al usarlos fui loco.

No tengo ninguno yo,  
ni tú ni nadie los tiene:  
lo que se va como viene  
no es de nadie; se perdió.

El que al paso no ha cogido  
de su tiempo algun *por qué*,  
dice muy bien, por mí fé,  
si dice: «tiempo perdido».

— Sólo un momento tenemos  
que eterno pasa volando,  
y vivimos recordando  
y esperando envejecemos.

Un espíritu quizás  
nos impulsa, devorante;  
siempre el misterio delante  
y el desengaño detrás.

Yo di la fruta mezquina  
que en mí puso la natura,  
y la di con grande holgura,  
cual su bellota la encina.

Siempre soñando ¡ay de mí!  
amé cuanto pude amar,  
gasté si pude gastar,  
y alma sana á todos di.

Si soy guapo ó si soy feo,  
no me tiene cuaidadoso,  
que es lo deforme ó lo hermoso  
á medida del deseo;

y aquesto bien me lo explico,  
porque vi más de una hermosa,  
noble, rica, portentosa,  
enamorada de un mico.

Con la paz en la conciencia,  
en Dios creyendo y fiando,  
vivi y vivo fatigando  
á la Santa Providencia.

Fuera mi dicha colmada,  
si los hijos de mi amor  
no contuviera en su horror  
la terrible tumba helada,  
si en un divino embeleso,  
cuando á mi casa volviera,  
mi seco labio sintiera  
su puro y amante beso.

Y no fueran tan sombríos  
los días que por mí van,  
si en el dolor y el afán  
no contemplara á los míos.

Habito yo en un palacio  
inmenso, eterno, divino:  
el orbe es punto mezquino  
que se pierde en el espacio.

Y tiene la idealidad  
otra más grande mansión  
en la infinita extensión  
de la eterna inmensidad.

En fin, yo vivo soñando,  
mis ensueños escribiendo,  
de lo que sueño viviendo,  
y en un ensueño esperando.

Yo no puedo pobre ser,  
sino enfermo, que en verdad,  
es sólo una enfermedad,  
como es otra, el no tener.

En cuanto á honores, honrado  
estoy con serlo, que aquí  
nadie puede darme á mí  
lo que Dios no me haya dado.

Y nunca tuve ambición,  
esto bien claro se ve:  
si la tuviera.... no sé  
cual fuera mi condición.

Así voy, como la pluma  
que el viento á capricho lleva:  
pago las culpas de Eva,  
y vivo tranquilo, en suma.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## FRAGMENTO DE UNA COMEDIA INÉDITA

Escena 3ª.—LUCIA.

Si mi observación no miente,  
según todo me lo indica,  
cada persona se explica  
en amor según lo siente.

Mi primo con sus enredos  
cuanto arguya será en vano:  
él dice que es una mano,  
y yo digo, que dos dedos.

Los domingos, para que  
no andemos con mucha prisa,  
doña Paz me lleva á misa  
á la una, á San José.

Entro; me acerco al altar,  
pues quiero la misa oír,  
y aunque un libro suelo abrir,  
no suelo al libro mirar.

Hay un joven tan devoto,  
que, á la misa que yo, asiste,  
y tanto en mirarme insiste,  
que ya nota que lo noto.

Al salir, junto á mi enagua  
sigue mis pasos audaz:  
se santigua doña Paz,  
y él moja y me ofrece el agua.

El roce jamás evito  
de su mano con mi mano,

porque nada hay de profano,  
donde media lo bendito.

La causa no conociendo,  
¿por qué, á solas me decía,  
el agua que estaba fría  
llegaba á mi mano ardiendo?

Ahora me lo explico bien:  
si todo en amor es raro,  
que ese joven me ama, es claro,  
y que yo le amo, también.

Con los hechos consumados  
se destruye todo error:  
no es una mano el amor,  
sino dos dedos mojados.

José M. Nogués.

# CALAVEERADAS



## SIN HIJO

Era la madre de un niño,  
de un niño que deliraba,  
eran sus ojos dos fuentes  
y los del hijo dos llamas.

—No rías, hijo, no rías,  
¡que me partes las entrañas!...  
¡llora para que se enjuguen,  
al verte llorar, mis lágrimas!  
—«Aquel pajarito, madre,  
que tiene el pico de plata,

»el cuerpo de azul de cielo  
»y de oro fino las alas.»

Calló el niño y quedó quieto,  
las pupilas apagadas  
como quedan en el nido  
polluelos que el cierzo mata.

Y dudando si dormía,  
viendo que ya no lloraba,  
besó la madre la boca  
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan  
las aves en la alborada,  
mientras que cantar las oye,  
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,  
que tiene el pico de plata,  
el cuerpo de azul de cielo  
y de oro fino las alas»

ANTONIO ROS DE OLANO.

## ANIVERSARIO

I  
Abrazada con su madre,  
contemplaba triste Andrea  
el entierro de su padre,  
y alguien murmuró:—¡Qué feal  
Subióle al rostro el rubor,  
arrugóse su entrecejo,

y olvidando su dolor  
corrió á mirarse al espejo.

II  
Un año después, llorando  
y que su luto acababa  
alegre considerando,  
la madre á la hija así hablaba:

—¡Hoy se cumple un año, An-  
[drea!...

—¿Hoy?... ¡No recuerdo!... ¡Es es-  
[traño!...

¡Ah! sí, sí!... (¡Hoy hace un año  
que un hombre me llamó feal!).

JOAQUIN M.<sup>a</sup> BARTRINA.

## UNO DE TANTOS

Poderosos, venid: trazaros quiero  
la historia de un ilustre caballero,  
que, inmensamente rico,  
años contó noventa y nueve y pico.  
Escuchad y aprended; la historia es esta:

Nació mi buen señor, ya se supone:  
comió, bebió y murió... ¡Dios le perdone!  
¡Qué pérdida tan grave y tan funesta  
si llega á fallecer niño de pecho  
persona de tantísimo provecho!

J. E. HARTZEMBUSCH.

## A LOS PIES DE...

Me parecen sus piés, cuando diviso  
que la falda traspasan y bordean,  
dos niños que traviesos jugueteen  
en el mismo dintel del paraíso.

Quiso el amor y mi fortuna quiso  
que ellos el fiel de mi esperanza sean:  
de pronto, cuando salen, me recrean,  
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh, pies idolatrados! Yo os imploro  
y, pues sabéis mover todo el palacio  
por quien el alma enamorada gime,  
traed á mi regazo mi tesoro  
y yo os aliviaré por largo espacio  
del riquísimo peso que os oprime.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

CARTA DE MARIA A JOSÉ<sup>(1)</sup>

José: te escribo porque,  
José, yo no puedo más.

¡Ay, José mío, sabrás  
que estamos muy mal, José!

José, mi padre se antoja,  
José, de que tu eres malo,  
José, y me ha atizado un palo,

José, que estoy medio coja.

José, dice que este mes,  
aunque me dé un patatús,  
me he de casar con Jesús,  
tabernero en Lavapiés.

Yo, José, no sé engañar;  
José, yo por tí me abraso,

y si con Jesús me caso,  
José, ¿qué nos va á pasar?

José, vé á padre, y haz que  
yo no me seque en agraz  
y así vivirán en paz  
Jesús, Maria y José

NARCISO SERRA.

(1) Del pasillo *Nadie se muere hasta que Dios quiere.*



Si el hombre es un lobo para el hombre, como dice Hobbes en su célebre fórmula de la lucha por la existencia, cuando el hombre de que se trata es un político, resulta, no un lobo, sino un león acosado y hambriento.

Habrán tenido que ver la villa y corte en los dos ó tres días anteriores á la provisión de cargos diplomáticos, senadurías vitalicias y Direcciones generales!

Los ministros, encerrados en casa, con la consigna á los porteros de: «no estoy para nadie», con objeto de huir de los amigos que á cambio de servicios pasados, hablan gordo y gritan de recio cuando llega la hora de las recompensas.

Los aspirantes á las plazas vacantes, monopolizando los coches de punto y desempedrando las calles á puro correr de ministerio en ministerio y de redacción en redacción, encomiando méritos propios y amenazando con disidencias ó cambios de frente.

Y el país soltando la carcajada ante tanta visita y tanto cabildeo, porque si mueven á risa las intrigas y peregrinaciones del infeliz cesante que tras una *razzia* de empleados busca un destinillo de seis ú ocho mil reales para alimentar á la familia y hacer callar á los ingleses ¡cómo no ha de excitar la hilaridad ver que un señorón pierde los estribos por conseguir una prebenda que satisfaga no las necesidades del estómago, sino las exigencias del orgullo y las imperativas demandas de la vanidad!

Si estuvieran abiertas las Cortes ¡cuántos trapos sucios saldrían á la colada de la discusión!

Porque hay que advertir que si política en puro castellano equivale á buenas formas y alta educación, cuando hay de por medio una tajada, «política» vale tanto como impudor, descoco y falta de decoro.

—Pero hombre ¡por Dios! usted, cayéndose de viejo ¿tiene humor para pretender una senaduría vitalicia?

—Por lo mismo que he de durar poco, es bien insignificante el favor que pido del Gobierno: ¡que me haga senador por lo que me resta de vida!

La embajada del Vaticano ha sida el caballo de batalla.

Y es que, aunque parezca paradoja, para ir á Roma se necesitan tener muchísimas narices.

—Usted, D. Fulano, es libre pensador, ateo, descreído...

—Justamente.

—Y ¿por ese camino quiere Vd. ir al Vaticano?

—Por ese como por cualquiera. ¿No dicen que por todas partes se va á Roma?

Siempre que llegan casos como este, recuerdo la aguda contestación de un famoso jefe de Gobierno.

—Señor Presidente, yo necesito la Dirección de Comunicaciones.

—Lo siento mucho, pero ya está provista.

—Nada, nada, yo la necesito de todas maneras.

—Hombre, pídamela Vd. otra cosa, pero ya ve usted que eso es imposible.

—Le repito á V. que es de necesidad.

El Presidente toca un timbre y dice al ordenanza que aparece por la mampara:

—Que vayan á asesinar al Director de Comunicaciones para dar la vacante á este señor.

La lucha por las Direcciones, la encuentro plenamente justificada.

Porque ¿quién duda que la mayoría de nuestros políticos necesita dirección?

No pocos personajes que, á pesar de sus ganas, no han entrado en la última combinación, tocarán el cielo con las manos.

Hay que echar mano de las promesas, como el emoliente contra esas irritaciones del amor propio, no sea que la ira y el rencor de los postergados, preteridos y desairados, cause desperfectos en el Gobierno.

¡Paciencia, respetables señores!

Si las Direcciones, senadurías y embajadas se han provisto sin que vuestros nombres hayan figurado en la combinación, aún quedan varios gobiernos de provincia y algunos distritos vacantes para vuestros impacientes hijos y vuestros yernos ambiciosos.

\*\*\*

La raza de los zahories no se ha extinguido.

Aun hay quien cree en la existencia de tesoros ocultos, como el tenor de *Rip-Rip* ó el protagonista de *La Fuchera*.

Se ha formado una compañía (no sabemos si con bandera y música) para proceder á la busca y captura de los tesoros de Moctezuma, emperador azteca.

¡Este cargo!

Milagro será que, como gerente, director ó inspirador al paño de la susodicha compañía, no figure algun recluso de las cárceles nacionales ó pupilo de nuestros establecimientos penitenciarios, porque la empresa tiene todas las trazas de un entierro digno de *The Funeral* ú otra empresa funeraria.

El borrego de oro de los argonautas va á ser un bicho insignificante comparado con el gato aurífero del famoso emperador vencido por Hernán Cortés.

De esta hecha, el suelo de México va á quedar cavado y removido como si hubieran sacado el regaliz (si se cría por aquellas tierras.)

Y cuando la cosa ya no tenga remedio y la compañía este para hacer quiebra, quizá permita Dios que alguno de aquellos aventureros españoles resucite un momento para decir á los crédulos exploradores:

—Pero, infelices ¿no sabeis que al pomposo emperador le sacamos hasta el último maravedí y que si más hubiera tenido más nos hubiera dado para librar su piel de nuestras dagas y del plomo de nuestros mosquetes?

No es que yo quiera echármelas de agorero.

Por mí ¡á ver como no encuentran el oro y el moro!

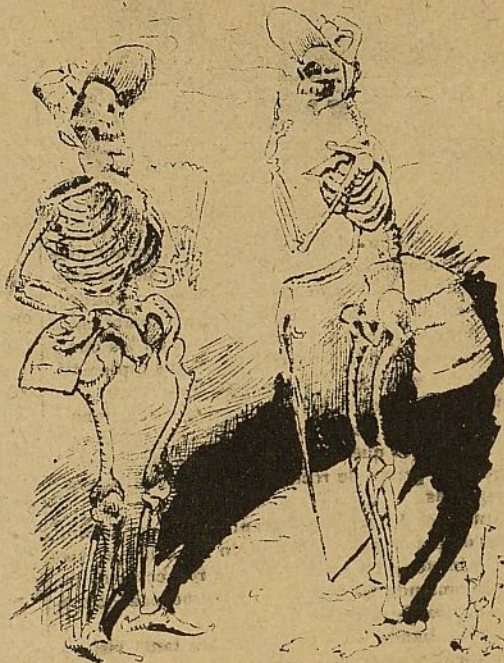
Es decir, el oro y el azteca.

LUIS ROYO VILLANOVA.

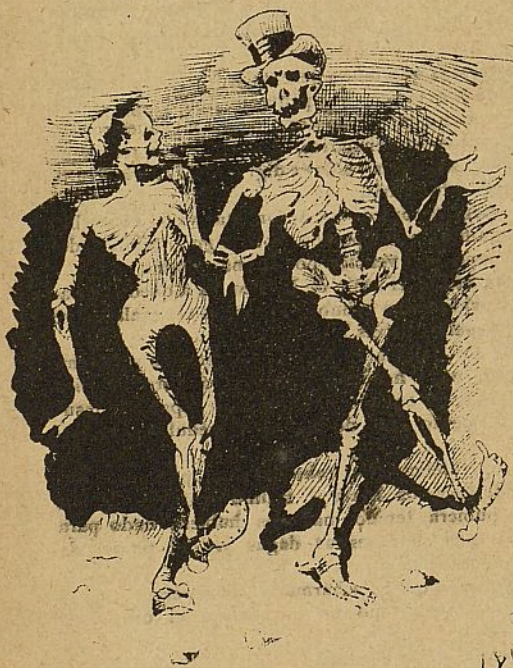
(En el cementerio.)



Preparándose para recibir las visitas.



—Pues, hija á mi me han dado el nicho más húmedo é insalubre de la casa, así es que me estoy quedando en los puros huesos.



Va de aventuras el muy tronera  
¡Qué calavera más calavera!



—¡Vecino, vecino! ¿tiene Vd. por ahí mi fémur, que no lo encuentro?

## CORONAS Á LA MEDIDA



—Muy grande, demasiado grande.

—¿Como?...

—Si señor; por que me está grande á mí, y como el difunto y yo teníamos la misma medida...

## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Pepe Fernandez amigo:  
escucha, y va de secreto,  
que no está bien se publiquen  
en papeles mis defectos.

Cuando vi en tu semanario  
de un Certamen el prospecto  
y que eran *quince dures*  
de el mejor trabajo el premio,  
anubláronse mis ojos,  
dióme el corazón un vuelco,  
tuve un pasmo general  
con sus ribetes de vértigo.

¡Quince duros! ¡ay de mil  
¡quince duros! ¡será cierto?  
¡setenta y cinco pesetas!  
¡abrenuncio! no lo creo.

No obstante, cogí la pluma  
y *é mamármelas* dispuesto,  
en vez de andar por las ramas,  
dirijime por los cerros.

¿Qué quieres tú? Me ofuscaron  
esos malditos *trescientos*  
*reales* embaucadores  
que ofreciste á los *ingenios*.

Soñando subí al Parnaso;  
bien se vé que subí en sueños,

pues, siendo quien soy, su cumbre  
no traspusiera despierto.

De mi viaje el relato  
escribí en forzados versos;  
la fuerza de mi codicia  
forzóme á servirme de ellos.

Esperanzas me alentaron,  
mas los *votos* no vinieron;  
*votos* echando á los *votos*  
ví que *devotos* no tengo.

Fié mucho en mis ingleses,  
que deben en todos tiempos  
apoyarme en mis empresas  
sólo por lo que les debo.

Mas mostráronse reacios  
y la ganga se perdieron,  
pues si por ventura suya  
hubiese ganado el *pleito*,  
obrando espléndidamente,  
—de mi suerte satisfecho—  
después de gastarme el *todo*  
les hubiera dado el *resto*.

Peró mejor es así;  
bien me encuentro sin dineros.  
Quien nada tiene, con nada  
satisface su estipendio.

¿Y quién me asegura á mí,  
aclimatado hace tiempo  
á no *tener*, que el *tener*  
no me sería funesto?

Aquel que en tinieblas mora  
huye del sol los reflejos;  
al que vive de mendrugos  
le perjudica el pan tierno.

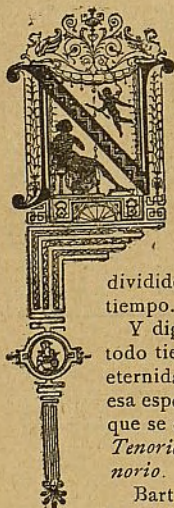
Puede que los quince duros  
me los chuparan los médicos  
y en disgusto se trocara  
la alegría de tenerlos.

Gracias doy al cielo santo,  
pues no cargué con el premio.  
*No hay mal que por bien no venga*,  
dice un antiguo probervio.

Si es un mal vestir harapos,  
si es un mal vivir hambriento,  
si es un mal que en mi bolsillo  
no fluctúe un sólo céntimo,  
si es mal, en fin no obtener  
premio mis insultos versos,  
aguardando un bien futuro  
aquí me tienes tan *fresco*.

JOSÉ M.<sup>a</sup> CODOLOSA.

## EL PLATO DEL DÍA



o tiemblen ustedes: no me  
refiero á la revista del susodi-  
cho título.

En los últimos días de Oc-  
tubre, así como en los prime-  
ros de Noviembre, el plato del  
día es *D. Juan Tenorio*, á cu-  
yo simpático personaje, antes  
partido por gala en dos, han  
en tres partes no ha mucho  
dividido tiempo.

Y digo que no hace mucho, porque  
todo tiempo es corto comparado con la  
eternidad ó con el que se emplea en ver  
esa especie de apófisis (por no decir rabo)  
que se conoce con el nombre de *Nuevo*  
*Tenorio* ó *Tercera parte de D. Juan Te-*  
*norio*.

Bartrina tenía talento; Arús... no sé  
lo que tiene, pero entre el talento y... lo  
que sea, (pues no conozco al Sr. Arús), y el genio  
de Zorrilla, hay que distinguir.

Por eso digo lo de la tercera parte.

Si Zorrilla levantara la cabeza (que sí la levantará  
cuando le dé la gana, porque gracias á Dios y con  
gran contento mío, está vivo y efectivo); si levanta-  
ra, digo, la cabeza cuando va por la calle, y la baja-  
se para leer periódicos cuando está en casa y ade-  
más de todo eso no tuviera sentido comun, que sí  
que lo tiene para dar y vender, se llenaría de orgu-  
llo al ver en los carteles y en anuncios periodísticos,  
por esta época del año, cien veces repetido el nom-

bre del más popular, ya que no el mejor de sus hijos,

## DON JUAN TENORIO

No se hace otra cosa ni se consigna otro título  
en los teatros y en los diarios y carteles que anun-  
cian lo que se representa en aquellos, por los días  
en que nos hallamos.

Pero Zorrilla sabe muy bien que esa unanimidad  
en los carteles y anuncios, no se debe al mérito,  
(que es grande, bajo determinados aspectos), de su  
obra, sino á que ésta constituye ahora el plato del  
día; nos es tan indispensable como la *castañada* y  
la ropa de abrigo.

¿Quién se acuesta tranquilo el día, ó más bien, la  
noche de *Todos los Santos*, sin haber visto *D. Juan*  
*Tenorio*?

Nadie, aunque muchos, por acostarse con tran-  
quilidad, pasen la noche atormentados por pesadi-  
llas atroces, soñando que el Comendador se les me-  
te por la boca del estómago ó que D. Juan, tomán-  
dolos por Mejía (Mejilla, según mi patrona) los ha  
enviado á la Necrópolis, sin formación de causa.

El que no puede ver un *Tenorio* artístico, diga-  
moslo así, se contenta con un *Tenorio* casero.

Yo fui de estos últimos hace muchos años.

Distingamos: no fui de los Tenorios, sino de los  
que presenciaron un sacrificio á domicilio del dra-  
ma de D. José.

Y distingamos también de Pepes y de dramas:  
se trata de Zorrilla y no de Echegaray.

Yo no tenía un cuarto, cosa que me sucede con  
frecuencia; pero tenía una invitación para asistir á  
casa de uno de nuestros primeros cursis, donde se  
debía hacer el repetido drama.

La verdad fué que lo deshicieron.

El papel de protagonista estaba á cargo del hijo

del invitante, más alto que la torre Eiffel y más bruto que alto.

El escenario era... la alcoba conyugal, de la que se había retirado el lecho *idem* (conyugal, no retirado).

Las decoraciones eran debidas á la acreditada escoba de un primo de su prima (la niña de la casa) y estaban pintadas en números de la *Correspondencia*. Así es que, por efecto de la calidad y de la cantidad de la pintura, se leía entre las hojas de un árbol: *La Correspondencia de España*, y sobre una puerta: *Avisos útiles*.

Empezó la representación y empezó D. Juan Tenorio á equivocarse.

En vez de decir:

—Esta silla está tomada,  
hidalgo,

largó:

—Esta silla, está timada,  
só galgo.

A lo que replicó su interlocutor, en lugar de: «Lo mismo digo»:

—Lo mismo dogo.

En la escena de los ovillejos, aquel barbián de la Persia preguntó muy serio:

—....¿Qué te amedrenta

cuando, ante ti, se presenta  
borrico Don Juan Tenorio?

Le cegaba el cariño por los animales.

Llamó á doña Inés:

Espejo y luz de mis ajos.

Lanzó al Comendador este apóstrofe:

—¡Comendador, que me muerdes!

Al hallarse en el cementerio exclamó:

—Mi padre ha empleado en cera

entera la hacienda mía.

Y se encaró con la estatua del padre de su amada, para decir, al abandonar el fúnebre recinto:

—¡La ducha, Comendador!

Verdad es que á todos se les había pegado la trabazón de la lengua y el prurito de decir disparates, pues la monja que avisa á la superiora el rapto de doña Inés, salió azorada y dijo:

—¡Ay, señoral! ¡Vengo tuerta!

he visto á un hombre c....

en la tapia de la huerta.

¡Si será buena la obra de Zorrilla, cuando con todo y con eso todavía voy a verla, por lo menos, una vez al año, y hasta dos si los matadores, es de cir, si los Tenorios son de cartel!

BLAS QUITO.

## HISTORICO

En las puertas de la Habana hay un largo barracón, de grosera construcción y techumbre floja y vana. A un mi amigo, cierto día en que salió á pasear, le ocurrió el averiguar lo que allí se exhibiría...

y en la puerta contempló que le estaba sonriendo un negrazo tan tremendo que su talla le asustó.  
—«¡Vaya un negro colosal! ¡Qué manotas y que brazo! ¡Si me suelta un puñetazo me revienta el animal!

¡Y es horrible el tal sugeto! Esta choza de madera es el antro de esta fiera. ¡Pero cuál será su objeto? ¡Nadal! ¡Yo lo he de saber! Un letrado columbró: «Se tira al blanco» leyó... ¡y al instante echó á correr!!  
JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## CHIRIGOTAS

«He recibido del señor Director de LA SEMANA Cómica la cantidad de *Setenta y cinco pesetas*, premio del Certamen abierto en los números 123 y 124 de dicho periódico.

Barcelona 25 Octubre 1889.

JOSÉ MIGUEL ALMODOBAR.



Acaba de llegar á Barcelona la celebrada pianista puertorriqueña, gloriosamente acusada de haber vuelto locos... de gusto á los españoles y á los franceses que en la Sala Pleyel, de París, admiraron su talento de artista.

De paso para Madrid, se propone dar uno ó dos conciertos, el primero de ellos en la sala sucursal de Erard de esta población, á principios del mes que viene.

Y nosotros lo anunciamos, para que se busquen ustedes cuanto antes una invitación.

Y para que vean como la señorita Otero se pone alas en los dedos y forma con ellos una orquesta de ángeles sobre las teclas del piano.



## CORRESPONDENCIA

F O.—Ha llegado tarde para el Certamen, pero en el número próximo y en esta misma sección, la publicaré. ¡Vaya si la publicaré! *Minotauro*.—¡Diablo! ¡qué bien versificado está eso! Lástima que el asunto sea de interés particular!

E. D.—Valencia.—¿Política? ¡Vade retro!

E. S.—Eso es largo, muy largo.

A. O.—Totana.—Y eso serio, muy serio.

*Una cigala*.—Y eso tonto, muy tonto.

*Alí Bobada*.—Pues... el final de la primera no se entiende. La segunda se publicará en el almanaque.

M. R.—Barcelona.—¡Cielos! ¿era Vd.? Se suprimen las que indica. Gracias.

M. R.—Barcelona.—¡Pero eso es un bombo al periódico, amigo mío! Y que nosotros mismos lo publiquemos... francamente, parece mal.

V. B.—Bilbao.—Voy á promulgar una ley. ARTÍCULO 1.º. Quedan, de hoy más, suprimidos en LA SEMANA Cómica los diálogos chulescos.

V. R.—Gracia.—ARTÍCULO 2.º. Queda así mismo suprimido el uso de las sueltas en las composiciones poéticas.

D. B.—Gijón.—ARTÍCULO 3.º. Se suprimen también las impresiones al sastre, al casero, etc., personajes, todos muy aborrecibles... para los malos pagadores.

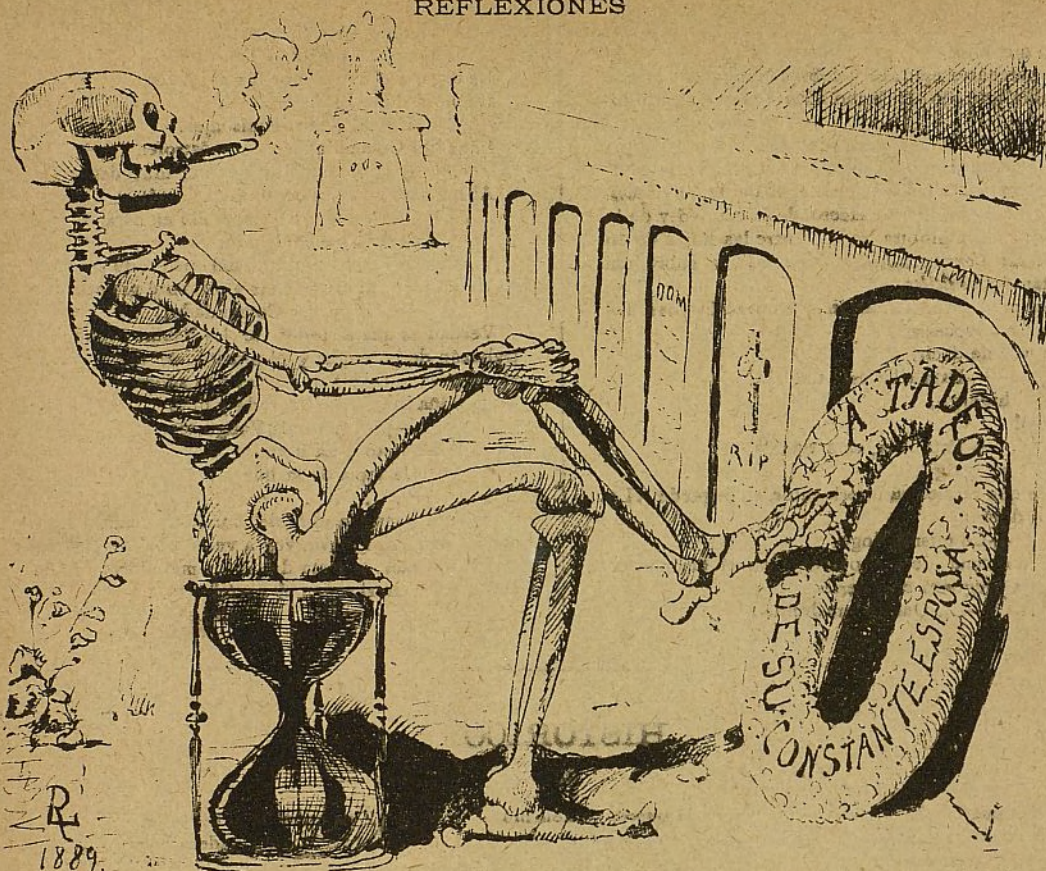
R. C.—Barcelona.—Empieze V. á aplicarse el artículo primero de la procedente ley.

A. A.—Lérida.—¿Y creyó V. pegármela, eh? Pues si Vd. supiera lo que pasó y por qué se publicó...

O. K.—Racha.—Sevilla.—No; no debe Vd. abandonarlo. Pero debe Vd. cuidar más la forma y no escribir más cantares. ¡Sobre todo no escribir más cantares!

Imp. Militar y Comercial.—Arco del Teatro, 9 (pasaje).

## REFLEXIONES



—«¡De su constante esposa!» Si, constante lo es, porque ahora me pone coronas, y cuando estaba vivo... cuando estaba vivo, también me coronaba.

## ANUNCIOS

### CORRESPONSAL

*exclusivamente encargado de la venta de*

**LA SEMANA CÓMICA**

EN MADRID

**D. JULIAN RODRIGUEZ,**

TESORO, 5, BAJOS.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,  
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

**LA SEMANA CÓMICA**

**Sra. Viuda de Pozo e Hijos**

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería,

HABANA.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ESTA PROXIMO A ENTRAR EN PRENSA

— 3 EL 2 —

## ALMANAQUE de La Semana Cómica

que formará un bonito tomo de más de 100 páginas, con cubierta al cromo, dibujos de Cilla, Pons, Mecachis Escaler y otros reputadísimos artistas y texto de los mejores y más renombrados escritores españoles.

Precio del almanaque: DOS reales

Los colaboradores que deseen mandar, para él, trabajos literarios, pueden hacerlo hasta el 15 de Noviembre próximo.

Ayuntamiento de Madrid